

La historia de vida como metodología emergente para la pedagogía en un estudio de caso. Triple estigma: inmigrante, homosexual y seropositivo en España

Carlos Fonseca Hernández y Ma. Luisa Quintero Soto

Universidad Nacional Autónoma de México

85

Resumen

La metodología aplicada a la historia de vida es una de las técnicas de investigación que permite llegar al conocimiento de un fenómeno social desde una perspectiva más humana e integral. En este trabajo se muestran los pasos para hacer un buen trabajo de selección, orden y registro temático. Además, se presenta un ejemplo de la historia de vida de un sujeto afectado por tres estigmas distintos: ser homosexual, seropositivo e inmigrante en España. La complejidad del fenómeno obliga a separar cada elemento a través de un material narrativo único y esencialmente humanista.

Palabras clave: VIH Sida, historia de vida, discriminación.

Abstract

Life's history as an emerging methodology in a case study pedagogical research. Triple stigma: immigrant, homosexual and VIH-positive in Spain

Methodology applied to a life's history is one of the research techniques that leads to the knowledge of a social phenomenon from a more human and integral perspective. This article introduces selecting, ordering, and thematic-registering techniques. It also presents an example of a subject's life history affected by three different stigmas: homosexuality, HIV-positive condition and an immigrant. The case's complexity forces to separate each element through a unique and human narrative material.

Key words: VIH/AIDS, life history, qualitative methodology.

1. La metodología de la historia de vida

La historia de vida describe tanto la narrativa vital de una persona recogida por un investigador, como la versión final elaborada a partir de dicha información, más el conjunto de registros documentales y entrevistas a personas del entorno social del sujeto biografiado, que permiten completar y validar el texto biográfico inicial. Los primeros en utilizar esta técnica fueron Thomas y Zaniecki en 1958. Desde entonces, se le considera como una herramienta útil para las ciencias sociales.

El rechazo del positivismo hacia la corriente humanista es tanto de orden epistemológico como metodológico y teórico. En el sentido epistemológico [Pujadas, 1992] rechaza la concepción positivista de una ciencia social entendida a imagen y semejanza de las ciencias naturales, en la que los hechos sociales son meros *datos*, las personas son *informantes* o *encuestadores* y las relaciones sociales son simples *correlaciones entre variables*. Este enfoque se basa en la recuperación del «ser humano», con toda su subjetividad, y es esencialmente opuesto a la obsesión por la «objetividad», que es inherente a todo planteamiento positivista. Según Pujadas, la actitud de los teóricos positivistas es fundamentalmente dogmática, en cuanto se esfuerzan en construir un fetiche de sus normas técnicas y abandonar la perspectiva de su objeto de investigación original: el ser humano y sus relaciones sociales.*

La historia de vida es un *trabajo de construcción textual* que hilvana cronológica o temáticamente un discurso basado sólo en sesiones de entrevista entre el sujeto e investigador. Los pasos de este proceso son:

Edición del texto. Presentar el relato de vida tal como ha sido recogido en la entrevista.

Introducción analítica. Cuyo propósito es situar al lector sobre el contexto social y las condiciones particulares de los ámbitos familiar, laboral y social que demarcan la trayectoria vital de la persona.

Notas al pie de página. Se realizan con el objeto de aclarar expresiones que pueden parecer ambiguas, para explicar la significación de términos coloquiales.

Glosario de términos. Con el fin de establecer con exactitud todas las expresiones y términos jergales que se presenten en el contenido.

Anexos. Éste es uno de los recursos formales en la edición, para ayudar a la comprensión del texto, aquí pueden incluir análisis lingüísticos, análisis de contenido, transcripción de entrevistas paralelas a personas relacionadas con el sujeto biografiado, documentos personales de éste (cartas, diarios, fotografías, etcétera).

Se recomienda la siguiente estructura textual para la técnica de historia de vida:

- Antecedentes y discusión teórica
- Presentación de hipótesis
- Delimitación del universo y de la muestra a analizar
- Presentación de los instrumentos de la encuesta.
- Presentación del material empírico elaborado
- Análisis e interpretación del material
- Validación o falsificación de las hipótesis
- Conclusiones

Para la elaboración de una historia de vida en la etapa inicial, es conveniente cubrir los siguientes puntos:

- Elaborar un planteamiento teórico del trabajo que explicita claramente cuáles son las hipótesis de trabajo iniciales,
- Justificar metodológicamente el porqué de la elección del método biográfico
- Delimitar con la mayor precisión posible el universo de análisis (comunidad, grupo profesional, edad, colectivo, etcétera), y
- Explicitar los criterios de selección del o de los informantes a biografar.

Con el fin de que la investigación cumpla con las exigencias del rigor científico, la historia de vida tendrá que cumplir las siguientes reglas:

- Crear las condiciones más favorables para garantizar la comodidad de nuestro informante: intimidad, espacio familiar (domicilio de éste).

- Estimular positivamente las ganas de hablar de nuestro informante.
- Una *regla de oro* consiste en que el encuestador hable sólo cuando sea indispensable.
- Empezar cada sesión de entrevista repasando conjuntamente la transcripción mecanografiada de la sesión anterior, comentándola, completándola, tratando los puntos oscuros o contradictorios.

El proceso de edición del texto tendrá que ser revisado y reescrito varias veces tratando de cumplir algunos criterios:

- Una primera copia o *registro original* con la transcripción literal de todas las entrevistas, de acuerdo con el mismo orden en que se ha obtenido el relato.
- Una segunda copia o *registro cronológico*, en el que ordenamos toda la información de acuerdo con las etapas sucesivas de la vida del individuo, desde su infancia hasta el momento presente.
- Una tercera copia la destinaremos a componer un *registro de personas*; esto es, de los miembros de la familia, amigos, vecinos, compañeros de estudios o de trabajo, o cualquier otra persona citada.
- Una cuarta copia supondrá el *registro temático*, que agrupará la información por grandes capítulos, cronológicamente discontinuos, como por ejemplo: Socialización, trabajo, asociacionismo y participación en instituciones, experiencias migratorias, movilidad socio profesional, creencias y prácticas religiosas, valores e ideología política, alineación cultural, procesos de desviación y/o marginalización.

Después de haber hecho los registros pertinentes, el siguiente paso es realizar un análisis e interpretación del contenido, tomando en cuenta las variables que se estudiarán. Para ello, es necesario realizar el siguiente proceso de análisis de un texto biográfico:

1. Texto
2. Dimensiones (Tipos de variables)
3. Variables
4. Categorías
5. Indicadores
6. Registro, contexto y unidades de análisis

Finalmente, la etapa siguiente consiste en la *operacionalización de todas las variables* ya categorizadas. Es decir, se trata de generar unas *reglas explícitas* que detallen qué aspectos del contenido deben tomarse como indicadores que pertenecen a una categoría específica. En consecuencia, la formulación de estas reglas es lo que constituye la definición operacional de una categoría.

En conclusión, utilizar cualquier técnica cualitativa conlleva a mirar al sujeto como un universo de significados, metáforas y símbolos. Esta concepción obliga a dejar la posición de distancia en la que quien investiga está separado de su objeto de estudio desde una posición de poder. En algunos casos, la utilización de la metodología cualitativa se complementará con el uso de las técnicas cualitativas que también aportan información del fenómeno social. Es labor de la persona investigadora decidir qué herramientas metodológicas podrá usar para acercarse al sujeto en un contexto social de una manera ética y responsable.

89

2. La construcción social de la infección por VIH/sida

La seropositividad biológicamente no es más que la presencia de un virus en la sangre y órganos que disminuye la capacidad de inmunidad en el organismo. Gracias a los avances de la infectología, se ha desarrollado una serie de combinaciones terapéuticas para detener el avance del virus que causa el sida. La llegada de los inhibidores de proteasa disminuyeron la mortalidad entre los infectados de VIH. Sin embargo, no se conoce a ciencia cierta la totalidad de los efectos secundarios de estos medicamentos. No obstante, la enorme toxicidad y los cócteles de medicamentos antirretrovirales, hasta ahora sólo han conseguido que la infección sea considerada casi como una enfermedad crónica a la que hay que hacer controles constantes. Con todo, manifestar públicamente la seropositividad la mayoría de las veces supone rechazo por parte de los familiares y amigos y problemas que pueden derivar en despido del puesto laboral. Por consiguiente, la seropositividad se oculta.

Dado que el virus del sida afecta principalmente a usuarios de drogas inyectables o a personas homosexuales con prácticas de riesgo como el sexo anal, la infección supone para algunas personas que se «buscaron»

su enfermedad, por practicar conductas proscritas y desobedecer los códigos sociales. La principal forma de contagio en los países latinoamericanos es la vía sexual, mientras que en los países industrializados, incluyendo España, el mayor número de infecciones se produjo por vía sanguínea, principalmente por intercambio de agujas contaminadas.

En este estudio se analizará el caso de una persona que resultó infectada por relaciones homosexuales desprotegidas, así como el triple estigma por ser homosexual, seropositivo y extranjero.

La homosexualidad está considerada por el imaginario colectivo como una conducta patológica o un comportamiento desviado al que se habrá de reprimir. Si la homosexualidad fuera apreciada como lo que realmente es, una manifestación sexual más, las personas infectadas quizá no hubieran necesitado acudir a espacios oscuros para realizar encuentros sexuales anónimos. Por tanto, la represión social de la homosexualidad es un factor que hace más vulnerable a los hombres homosexuales. Es importante manifestar que el sida no afecta en gran medida a las mujeres lesbianas, quienes curiosamente enferman más de cáncer cérvico uterino. Por tanto, este estudio se centra en la seropositividad de hombres homosexuales.

90

3. El triple estigma

Alejandro llegó a España en el año 2000, dejó atrás su país latinoamericano donde la intolerancia a la homosexualidad es muy palpable. Como en la mayoría de los países hispanoamericanos, el machismo de la cultura influye para que las personas que tienen preferencia sexual diferente sean rechazados. Se enteró de su infección de VIH en 1996, año en que inició un tratamiento anti VIH; sin embargo, las malas condiciones sanitarias de su país como el desabasto de medicamentos y la falta de profesionalidad médica; hicieron que decidiera emigrar a otro país. Inicialmente quería marcharse a Estados Unidos, pero el destino y la idea de tolerancia en Europa lo trasladaron a España.

Alejandro tiene 30 años, es de raza mestiza, mezcla de indígena americano y español, aunque predominan sus facciones indias. Su lenguaje es variado y con marcado acento latinoamericano. Entre su grupo de amigos sobresale por su mirada profunda y un lejano aire de tristeza. La entona-

ción de su voz parece un tanto dulzona y musical, lo que a veces parece que su carácter es un tanto inseguro. Sin embargo, a raíz de las presentaciones y cuando toma confianza; su personalidad se torna amigable. Actualmente trabaja en la hostelería y combina su vida laboral con actividades artísticas.

Mis padres se conocieron en las fiestas del pueblo. Como mi madre vivía en otra población, sólo coincidían cada año por las festividades patronales. Cuando se veían hablaban poco, hasta que un día acordaron una cita. Creo que a mi madre le interesó mi padre porque él acababa de terminar la carrera de medicina veterinaria y supuso que tenía un gran futuro. En cambio, mi padre creía que casarse con la hija del señor más próspero de la comarca de al lado, era buena inversión. Creo que ambos se unieron por algún tipo de interés, aunque después he visto algunas muestras de amor. Hasta donde yo sé, mis progenitores no se iban a casar; mi padre dice que mi madre le rogó para casarse porque ya habían terminado, supongo que porque yo venía en camino. Finalmente, se casaron a principios de diciembre y yo nací a mediados de junio, por lo que deduzco que en la boda de mis padres estuve presente. Resulta difícil creer que en una sociedad tan conservadora se hayan comido el bocadillo antes del recreo, sobre todo mi madre tan católica y su familia tan persignada.

Nací en un hospital de la calle Manuel González, cuando pasaba por ahí miraba por lo alto y me imaginaba en una cunita de ese centro hospitalario donde hacía muchos años había nacido. Cuando mi abuela paterna fue a conocerme me vio totalmente diferente a como era realmente; me vio gordito, rubito, *chinito*, es decir, con chinos o rizos en la cabeza y con hoyuelos en los mofletes. De todos los atributos, sólo acertó a los hoyuelos en las mejillas. O tal vez me miró con demasiado amor o le enseñaron a otro niño. Sentí que mi abuela fue la mujer que más me amó en la vida, que me defendió y dio todo por mí. Fui hijo primogénito de un hijo primogénito, así que fui el primer nieto de la familia paterna, por tanto, mi abuela, mis tías y toda la gente me consintieron mucho. Me daba la impresión que a mi madre no la querían mucho, hablaban mal de ella o la criticaban por la forma en que nos cuidaba. Mi madre dice que era un niño muy llorón, que cuando no estaba durmiendo estaba llorando. Cuan-

do hacía algo malo decía que tanto que me había cuidado cuando era bebé, para que le saliera mal hijo. Me daba la impresión que me decía: resultaste una mala inversión. Recuerdo que de niño fui muy enfermizo, siempre estaba mal de la garganta, si me mojaba o estaba al aire libre me daban unas fiebres muy altas, una tos terrible y mucho dolor en el pecho. De niño estuve mucho tiempo en el doctor, tomando jarabes y medicamentos; quizá por eso mis dientes se picaron y luego tuve que estar mucho tiempo en el dentista.

Algo que me marcó mucho era ver a mis padres juntos. Cuando tenía tres años o así, nos fuimos a otro pueblo más cerca de la capital y un poco más urbanizado. Mi padre, como era veterinario, trabajaba de lunes a viernes en las zonas rurales del país y venía a casa los fines de semana. Recuerdo que toda la semana dormía con mi madre, ponía mi pierna entre sus piernas y ponía su brazo como almohada. Era una relación un tanto pedófila pero muy bella. Antes de dormir me ponía a rezar y esas cosas. Sin embargo, me daba mucha rabia cuando venía mi padre el viernes por la noche porque en vez de dejarme dormir en la cama como todos los días me pasaban a mi cuna a dormir. Ellos querían estar juntos y hacer el amor, razón por la que a mí me echaban de la cama. Me la pasaba toda la noche llorando para que me pusieran en medio de ellos. No sé si me ponía celoso de mi madre o de mi padre. Quizá de los dos. A mi padre lo quería mucho pero luego lo odiaba porque cuando llegaba me tumbaba en la cama y me raspaba con su barba mis mejillas y me lastimaba. Yo gritaba para zafarme de él. No puedo decir que lo quisiera particularmente, pero sus caricias bruscas y lastimosas me hacían apartarme de él. Había veces que al llorar tanto, me pasaban a la cama y me ponían en medio de ellos, pero la mayoría de las veces tenía que permanecer en la cuna esa, hasta que se me pasara el berrinche. Muchas veces desde la cuna azul, que se movía si sacaba el pie y empujaba a la pared; vi a mis padres hacer el amor. Recuerdo que se me antojaba que a mí me hicieran también el amor. Luego veía que mis padres se levantaban y en sombras se ponían de pie; para tocarse. Yo creía que hacer el sexo era eso. Estar de pie frente a frente y tocarse.

Desde muy pequeño fui muy femenino, quizá porque estaba todo el tiempo con mi madre, no podía estar lejos de ella, cuando íbamos a algún lado la gente decía que padecía de «mamitis». Había veces que me quedaba en casa de mi abuela, me dormía con ella o con mis tías; así que siempre estuve muy pegado a las faldas femeninas. Mi tía Elena tenía una muñeca más alta que yo, que había sido de ella y jugábamos con ella. Como era tan delicado y femenino, los niños se aprovechaban de mí. Recuerdo particularmente a mi primo Enrique que me pegaba y me hacía llorar, mi prima Tina me defendía de él, pero siempre tenía que evitar estar a solas con él porque me pegaba mucho. A los tres o cuatro años sufrí abusos sexuales. No recuerdo dónde fue primero, si en el pueblo de mi padre con unos niños que vivían en la casa de mi abuela cuidando las vacas o en la casa materna con mis primos, los hijos de los hermanos de mi madre. No recuerdo quiénes fueron primero. Quizá fue cuando iba a sacar a pastar las vacas con los niños esos. Recuerdo que se llamaban Miguel y Matías, eran dos hermanos que a cambio de techo y comida sacaban a los pastizales a los animales: borregos y vacas. El menor tendría 9 años o así y el otro 11 ó 12, no sé exactamente. Creo que cuando íbamos al campo entre vacas y borregos; en algún lugar alejado me bajaban los pantalones, me acariciaban y me besaban. Primero era el mayor y luego el otro. Recuerdo que me decían que no se lo dijese a nadie; eso lo recuerdo tanto. Que lo guardara como un secreto. Que no se lo dijese a mi abuelita ni a mi papá. Aprendí muy pronto que aquello era malo. Recuerdo que intentaban penetrarme pero no podían hacerlo porque era muy pequeño para resistirlo. La mayoría de las veces pretendían que les acariciara el pene y cosas de esas. En ese entonces estaban muy de moda las telenovelas de amor, había chicas enamoradas que las seducía un bello hombre, que las besaban con picos en la boca y yo creía que a mí me iban a tratar igual. Había veces en que me preguntaban si quería que me besaran como en la telenovelas y yo decía que sí. Pero cuando lo hacía Miguel, se me tumbaba encima y me metía la lengua en la boca y yo decía que así no era. Quería algo más suave.

No puedo recordar si los hermanos Miguel o Matías en la casa paterna fueron los primeros en tener juegos sexuales conmigo o mis pri-

mos maternos. No sé por qué digo «juegos sexuales» si en realidad fueron abusos sexuales, creo que si no me hubieran violado no sería como soy ahora. Quizá no fuera homosexual, o quizá sí; pero no viviría con este odio hacia ellos. La casa de mi abuelo paterno era muy grande, había una segunda parte que estaba abandonada, que se subía por unas escaleras de hierro que daban a una segunda planta. Ahí subíamos los primos más pequeños a jugar a la casita, las veces que me tocaba hacer de papá no me gustaba, pero cuando hacía de mamá sí. A veces mi prima Miriam hacía de papá y yo de mamá. Un juego muy acostumbrado era el de las «escondidillas», los niños lanzaban un bote, se escondían y uno mientras lo recogía, buscaba a los demás hasta encontrarlos. Creo que ahí fue en los escondites donde algún primo se acercaba más a mí y me juntaba a su cuerpo. Habían veces en las que los niños pequeños de mi edad se iban a otro sitio y los mayores se reunían. Ahí era cuando me llamaban a mí para tocarlos. Recuerdo perfectamente que se ponían en círculo y yo en medio como el muñeco de sexo, al que le ponían la polla en las nalgas para frotársela o cosas así. Había otras veces en las que estaba a solas con cada primo. Me decían lo mismo que Miguel y Matías «no digas nada a nadie» y no sabía por qué. Algunas veces mi primo Paco, el hijo de mi tío Francisco me decía «Ven que te voy a enseñar un pajarito», subíamos a la planta alta abandonada, enseguida se bajaba los pantalones y me enseñaba su pene para que lo tocara y me lo pusiera en el trasero. Otros primos con los que hacía cosas parecidas fueron Beto y Paco los hijos de mi tío Humberto. Me tocaban y me erotizaban. No recuerdo quién era primero, pero ambos me ponían sus penes entre mis piernas. Algunas veces lo hacía a solas con cada uno o a veces con los dos, incluso como he dicho, en medio de cuatro primos. También hubo otro primo que era más sádico, Miguel, el hijo de mi tía Tere. Ése quería a toda costa penetrarme. Me hacía daño y cuando lo intentaba lloraba mucho. Una vez fui a su casa y donde tenía los caballos, en unos corrales me ofreció una paleta y después intentó follarme. Allí se dice «coger» en vez de follar. Esa vez recuerdo que me la logró meter con un poco de saliva y lloré a grito pelado. Nunca dije nada, jamás.

Una vez mi madre me dijo «Nunca dejes que alguien te baje los pantalones, los calzones y te quiera tocar». Pensé que era demasiado tarde.

Hubiera querido decirle que me hubiera dicho antes. No recuerdo cuándo fue la primera vez, pero cuando entré al kínder a los cuatro años, sabía que debía guardar un secreto. Que no debía decirle a nadie que me gustaba que me «cogieran». Algunas veces pensaba que con algún niño del jardín de niños podía hacer algo parecido. Realmente el primer día de colegio fue muy angustiante porque tenía que ocultar que era mariquita. Esa palabra me la decían mis primos. Cómo recuerdo que antes o después de violarme me ofendían y me insultaban con sus palabras «maricón», «mariquita» y cuando intentaban lograr que accediera a sus favores eran muy cariñosos. Lo que más me duele fue que llegó el momento en que deseaba que me tocaran, llegaron a erotizarme de tal modo, que yo mismo lo pedía. Cuando jugábamos a los escondites, yo les proponía follar. Era terrible. Lo mismo con los niños del pueblo de mi padre. Viví una infancia muy promiscua. Las vacaciones eran la gloria para mí porque estaba en casa de mi abuela o iba a la casa de mi abuelo y había festín sexual. Siempre dicen que los niños son asexuales, que no tienen sexo ni sienten nada de eso. Qué mentira tan grande. Los niños son crueles, te lastiman, te hacen daño. No creo que mis primos paternos o los niños de la casa paterna lo hicieran por amor, por cariño. Más bien lo hacían como una manera de humillarme. Todo el tiempo me llamaban «maricón» ¿Cómo podían quererme? Sus abusos sexuales eran una más de sus ofensas. A veces creo, para disculparlos, que estábamos jugando; que todo era un juego, que era un descubrimiento de su sexualidad y que yo estaba a la mano. ¡Pues que descubrieran con su puta madre!, ¿Por qué tenían que follarme a mí?, ¿Por qué tenían que humillarme a mí?, ¿Por qué tuve que pagar yo su falta de educación sexual? ¿Por qué a mí? Mientras tanto ¿Dónde estaban mis padres? Creo que hablando con su familia, en reuniones familiares. Algo que me da mucha rabia es ¿Por qué tuve que guardar tanto tiempo ese secreto? ¿Por qué? No lo revelé hasta que le dije a mi madre que me iba a morir de cáncer. Cuando creía que el sida me iba a matar en algunos meses.

En el Jardín de Niños me enamoré de un niño que se llamaba Pedro, era rubio, fuerte, y se parecía al Niño Dios. Vivía un enamoramiento como de telenovela. Él me veía como un simple niño más. En la primaria pronto descubrieron no sé de qué forma que yo era maricón. Los

niños me insultaban y yo callaba, nunca me defendí. Mi infancia en los centros escolares siempre estuvo marcada de miedo, de ser descubierto. Intentaba ser amigo de los niños para que no me insultaran. Me gustaba jugar con las niñas, hablábamos, reíamos, fueron mis aliadas. Mi mayor error fue no jugar fútbol con los niños, si hubiera jugado con ellos quizá me hubieran aceptado. Pero no me gustaba, me parecía un juego de hombres y yo no me sentía así. Prefería jugar a buscar tesoros, a llevar muñecos de guiñol y cosas así. Una cosa que recuerdo mucho es que mi hermano tenía muñecos de plástico de los personajes que salían en la televisión: *Supermán*, *Batman* y *Robin*, *Los 4 Fantásticos*, y mientras él jugaba a pelear con ellos, yo jugaba a foliar. Hacía que los muñecos se besaran, se pusieran encima del otro, se tocaran la polla o el culo. Mis juegos solitarios con los muñecos eran sexuales. Después he leído que ése es un síntoma de niños violados.

96

Mi hermano nació cuando yo tenía tres años. Recuerdo que mi madre quería una niña pero yo quería un hermanito. Estaba muy ilusionado, creía que tener un hermanito era como tener un muñeco. Cuando él nació mi abuela me llevó al hospital con otros tíos y la chica que me cuidaba no quería que me fuera con ellos, recuerdo mucho a mi abuela tirándome de un brazo y la chica del otro. Al final mi abuela pudo más que la chica y me fui con ellos. Recuerdo que fue una espera terrible. Al final tuve un hermano grande y sanote. En mi país no se sabe el sexo del bebé hasta que nace. Cuando vino a casa, yo dormía en la cuna y mi hermano en una canastilla de Moisés, bordada con muchos encajes. Yo veía a mi hermano al principio bonito, pero después lo odié. Él era rubio como mi padre y eso me afectó mucho. En mi país son muy racistas, prefieren a los niños rubios que a los niños morenos y más si tienen rasgos indígenas como yo. Mi hermano salió más bonito, sentía yo; pero le buscaba defectos como que tenía el pelo rebelde o era muy gordo o muy tonto. La verdad es que siempre me llevé mal con mi hermano, le pegaba, le quitaba los juguetes, no sé. Nunca jugué con él, ni lo consideré mi hermano. A veces pensaba que él, al parecerse más a mi padre, era sólo hijo de él y yo, como me parecía a mi madre, era de ella. Mi hermano era muy apegado a mi padre y yo a ella. Cuando mis padres se enojaban decían que se iban

a repartir a los hijos: yo con mi madre y él con mi padre. Como yo era mayor, a mí me pusieron el nombre de mi padre y a mi hermano el de mi madre, pero en masculino. Siempre quise que nos cambiaran el nombre, sentía que incluso el nombre me lo había quitado.

Durante toda mi infancia tuve relaciones sexuales con mis primos maternos y con los niños que vivían en casa de mi abuela paterna. Yo creo que para ellos era un vicioso, que quería sexo y por eso los llamaba. Como nosotros vivíamos en otro pueblo no tenía sexo con nadie, hasta que una vez me enrollé con un amiguito. Recuerdo que estábamos metidos en un tinaco de agua y ahí empezamos a besarnos el vecinito y yo. De esa época recuerdo que me besaba como yo quería que lo hiciera, con ese tipo de caricias. No eran agresivas ni genitales como con mis primos y con los niños esos. Eran gratas, siempre me gustaron. Cuando crecí nos hicimos amantes, sólo tenía que saltar la barda que dividía su casa. Su hermana era mi amiga y sus padres nos querían mucho. Tenían un solar muy grande y me encantaba entrar a esa casa porque sentía que estaba en la selva. Cuando no había nadie en casa teníamos sexo. Ahora él está en Estados Unidos, se casó y vive allá. Yo siempre lo recordaré. Aunque no era muy guapo, lo que me gustaba de él era su manera de besar. Luego tuve otro amante que conocí en la calle. Me puse en la puerta de mi casa y le dije a un chico que pasó si me ayudaba a mover un ropero, dijo que sí, entró a casa y lo seduje. La primera vez estuvo muy bien, pero luego me pidió dinero, o un reloj o algo. Yo le dije que no tenía y se fue. Tuvimos sexo muchas veces, pero había veces que me sentía utilizado por él. A veces me pedía que se la mamara y a mí no me gustaba mamar algo de lo que sale orina y huele mal, me daba asco. Lo que hacíamos la mayoría de las veces era que me penetraba. En esa época no tenía acceso a preservativos por lo que lo hacíamos a pelo. Cuando tenía sexo con él me sentía tan sucio. Me ponía muy mal. Me sentía culpable y sucio. Sobre todo porque empezaba a oír del sida.

Recuerdo que estuve al pendiente de los días en los que Rock Hudson estuvo en el hospital. Yo tenía como ocho años. Compraba el periódico diario y leía cómo avanzaba el sida en ese actor. Lo que más me sobresaltaba era que era homosexual, que había vivido oculto, que había

sido siempre en las películas muy masculino y llevaba su condición oculta. Pero el sida lo descubrió. Desde entonces siempre creí que me iba a morir igual que Hudson. No sé por qué ya lo sabía. El haberme infectado fue una profecía que se cumplió a sí misma. Cuando entré a la preparatoria descubrí que en el tercer vagón del metro había ambiente. Como está llenísimo por la mañana, los tíos aprovechan para pegarse más de la cuenta, la mayoría de las veces se tocan la polla, se la sacan; incluso se la llegan a meter si el otro está dispuesto. Como la homosexualidad está tan mal vista y permanece en tabú, se da en este tipo de lugares, a la vista de todos hacen de todo. La gente trata de no mostrar con la cara que está disfrutando como si no pasara nada; mientras las manos hacen de todo. De esa forma me fui con mucha gente, le daba mi teléfono a alguien y me iba a la cama. Algunas veces me iba directamente a su casa. La vez que me infecté fue por un ligue que conocí en el metro. Sé perfectamente quién me infectó y cómo. Recuerdo que era de noche e iba de regreso a casa. Entonces en el andén del metro vi a un tipo que me miraba mucho y se tocó el paquete para ofrecérmelo. Acepté la insinuación y nos metimos al metro. Ahí me propuso que nos fuéramos a su casa si no había nadie y si no, a un lugar apartado. Yo le dije que sí, y le pregunté si tenía condón. El me dijo que no, pero que pasaría a la farmacia a comprar unos. Nunca pasó a la farmacia. Llegamos a su casa y estaba su familia, entonces nos dijo que nos fuéramos al cerro. Cerca de donde vivía había una montaña donde había en lo alto una antena que transmitía señales. Hasta arriba se reunían drogadictos a fumar marihuana y maricones a follar. Recuerdo que me besaba riquísimo, que me gustaba mucho, me abrazaba y me hacía poner la piel de gallina. Me ponía la polla entre las piernas y así disfrutaba mucho. Yo sabía que no teníamos preservativo así que no iba a ceder a que me penetrara sin condón. Me pidió que le chupara la polla y lo hice. Realmente disfruté mucho. Me puso saliva como lubricante entre las piernas para que resbalara. Realmente estaba tan excitado que me relajé tanto hasta que me penetró sin reservas. En ese momento pensé que no pasaría nada, que podía pasar por alto la prohibición de hacerlo sin condón porque no me iba a pasar nada. Recuerdo que me folló de una manera muy grata hasta que se corrió dentro de mí. Para mí fue un trauma. Nunca pensé que se

fuera a correr dentro, sobre todo después de haber hablado sobre el condón. En realidad fue un mañoso. Desde el principio quiso correrse dentro de mí sin preservativo y estuvo calentándome hasta que cedí. Recuerdo que me prometió llamarme y que viviríamos juntos. Me preguntó si sabía hacer de comer le dije que no, me dijo que ya aprendería. Aparte de todo quería una sirvienta gratis. No sé como pudo pasarme eso. No logro entenderlo. Principalmente porque había ido a muchas charlas sobre el preservativo. Incluso, cuando estaba en la universidad, yo mismo era educador con adolescentes sobre el uso del condón.

En aquellos tiempos no sabía decir que no. O por lo menos no firmemente. Cuando me iba con algún tío, generalmente era mayor, o feo, o sin estudios o sin dinero. Mi autoestima era tan baja que pensaba que no podía estar con alguien mejor. Siempre proponía usar condón, pero si no lo había, aceptaba tener relaciones sin él. La mayoría de las veces era yo el penetrado. Sentía que si decía que no, el tío se iba a enojar y me iba a mandar a la mierda, o quizá iba a dejarme de querer. Pero principalmente sentía que si decía que no, iba a perder la oportunidad de tener una pareja. En aquellos tiempos siempre tenía la ilusión de tener una pareja que me cuidara, me protegiera y me diera amor. Siempre estuve muy falto de cariño, mi madre me presionaba mucho por el tema del dinero, que tenía que trabajar, que me casara. Tenía problemas por el dinero, quería irme de casa y escapar. Cualquier persona que se interesaba en mí creía que podía ser un intento de pareja. El tipo que me infectó se llamaba igual que yo. Nunca lo olvidaré. Meses después de enterarme de que estaba infectado lo volví a ver en el metro, en el mismo lugar donde lo vi y sentí escalofríos. Se me agitó el pecho y salí corriendo. No fui capaz de acercarme y gritarle que me había destrozado la vida. Lo dejé ahí a la espera de otro incauto. Sé perfectamente que fue él porque me había hecho unos análisis unos meses antes y estaba bien. Un día fueron a la escuela a buscar donadores de sangre. A los voluntarios les hacían una analítica gratuita de todas las infecciones y su tipo de sangre. Yo estaba bien. Acababa de tener una relación de pareja de la cual me enamoré mucho.

Tenía veintiún años y él me llevaba diez. Nos conocimos en el mismo lugar donde conocí al tipo ese. En esa estación de metro va mucha gente en busca de rollos. Recuerdo que yo venía de escuchar un concierto o una película. No sé, estaba extasiado. Lo vi, me miró y me preguntó la hora. Aunque había un reloj enfrente de él le di la hora y me dijo que el metro estaba retrasado. Recuerdo que cuando lo escuché noté que su acento era diferente; al principio creí que era del norte, pero después me dijo que era de Brasil, que se marchaba a su país en unos meses y que le gustaría conocerme. Recuerdo que salimos por la misma salida del metro y cuando nos despedimos me dio la mano de una forma muy especial, me la rozó sugerentemente. Le pedí que me llamara a casa en cuanto llegara, calculaba que en media hora estaría de vuelta y podía llamarme. Cuando llegué, mi madre me regañó por lo tarde que era y me dijo que habían hablado por teléfono. En ese momento volvió a llamar él. Se llamaba Diego, era misionero de una orden que promovía la humildad y estaba realizando un curso de Teología de la Liberación. Nos vimos el siguiente fin de semana. En esa época estaba en un grupo musical y fue a verme. No creo que haya sido muy bueno el concierto pero dijo le daba la impresión que lo hacíamos desde el corazón, con muchas ganas y una entrega total. Recuerdo que canté una canción que dediqué a un compañero de la escuela del cual estaba enamorado. Quién iba a decir que me iba a enamorar de él.

Se puede decir que fue mi primera pareja, me trataba de una manera especial, con sumo cariño y respeto. Me preguntaba constantemente si estaba bien. Reíamos mucho, me hablaba en portugués y yo entendía todo, incluso hablaba un poco con él. Me contó que había tomado la decisión de dejar la orden religiosa, porque quería vivir su afectividad homosexual. Se había dado cuenta que podía seguir sirviendo a Dios desde fuera. Me propuso irme a Brasil con él, me dijo que le pidiera mi herencia a mi madre para irme con él y poner una granja en el nordeste. No acepté porque me había molestado lo de la herencia, además, sabía que si lo hacía, mi madre me mandaría por un tubo. Además, no quería irme a vivir a una región seca y desértica como el nordeste. Sin la oportunidad de hacer música. Acababa de entrar a la universidad y creí que no valía la pena

sacrificar mi futuro por un tío que no tenía nada, en un país extraño, pobre y desértico. La única vez que tuvimos sexo no hubo penetración. Él era un tío que no se empalmaba desde el principio, hasta que se calentaba se le ponía dura. Cuando estaba en su apogeo tenía un miembro grandísimo. Nunca vi otro igual. Yo creo que tuvo relaciones con otras personas porque me pegó las ladillas. Mucho amor y mucho todo, pero me había pegado las ladillas. Tampoco teníamos preservativo, cuando quiso penetrarme yo lo dejé porque me había corrido antes. Así que no tuvimos sexo. Recuerdo que paseábamos por el centro de la ciudad abrazados, él con una mano en la cintura. Una vez me vio un profesor de la escuela de música y se quedó un poco cortado. No me importaba nada, sólo mi amor y él.

Finalmente el plazo se cumplió y se marchó a su país. Creo que nunca he llorado tanto por una persona. Los diarios de aquella época son testigos de mi sufrimiento. Maldije mi vida porque no la quería sin él. Antes de irse le puse una carta en su pecho para que siempre me recordara. Le puse mi dirección y le escribí una carta que jamás me contestó. Esperé mucho tiempo su respuesta y llegué a odiarlo por no hacerlo. Me refugié en un amigo que me traicionó. Era un gay reprimido y le conté la historia. Un día fue a mi casa, estaba llorando, me consoló y se acostó conmigo. Creí que podía darme el amor que necesitaba y me prometió que nunca me abandonaría. Incluso aceptó que fuéramos pareja. Luego nunca quiso hablar conmigo, se negaba y cuando fui a buscarlo a su casa me dijo que no era lo que estaba buscando. Me sumí en una depresión muy fuerte. Era época de navidad y lloraba todo el tiempo. El día de la cena de navidad no pude más y me fui al patio trasero de la casa de mi abuela a llorar amargamente. No podía decir por qué lloraba. Sólo una amiga compañera del grupo musical sabía la razón. Creo que fue la única vez que me enamoré totalmente. Lo único que conservaba de él eran unas fotos que nos tomamos en un parque. Esas fotos me las destruyó años después un novio celoso que tuve. Nunca se lo perdoné y le dije que aunque lo único que tenía me lo había destruido, no había deshecho mi amor por él. Con ese novio estuve dos años pero terminó muy mal, con violencia y todo. Después de haber tenido la relación con el brasileño me

hice las pruebas del sida y salieron negativas, es decir, sin problemas. Luego tuve sexo con el tío del metro y me infecté.

Yo sospechaba que estaba infectado no sé por qué. Había tenido una discusión muy fuerte con mi madre por no hacer lo que ella decía. Estaba muy alterada y en un arranque de rabia me dijo que me maldecía por el resto de su vida. Que nunca iba a ser feliz, que mi castigo más grande sería que cuando yo amara a alguien, esa persona no me iba a amar. También me dijo que la maldición de una madre es muy fuerte y que deseaba lo peor para mí. Estaba con esa sensación que algo muy malo me iba a pasar por aquella maldición que había pronunciado mi madre. Así que empecé a sospechar algo. Cuando lo supe estaba de vacaciones. Me fui a una zona arqueológica con el amigo que me rechazó después de la partida de Diego. En aquella época estaba muy delgado aunque no tenía pinta de enfermo. En el viaje me vi unas llagas en el pene que me asustaron mucho. Fui a la farmacia y compré unas medicinas. Enseguida mi amigo, Javier, se dio cuenta y me dijo que me hiciera las pruebas, me dijo que si tenía el sida se me pondría la piel de la cara como cáscara de naranja, que me moriría lentamente y que era necesario hacerse las pruebas. Recuerdo que tenía mucho miedo, no paraba de temblar y no podía conciliar el sueño. Mi amigo se propuso consolarme y me durmió entre sus brazos como a un cachorrito asustado. Cuando regresé a casa fui inmediatamente a hacerme la analítica. Javier me había dicho que cuando salían normales tardaban quince días en darte los resultados, pero cuando sale positivo repiten la prueba y tarda más de un mes. Si ha pasado más de un mes y cuando llamas por teléfono te dicen que todavía no están tus resultados es señal que estás infectado. Pasé la angustia más grande de mi vida para esperar los mentados resultados. Cuando fui a hacérmelos la psicóloga me hizo una entrevista larguísima, que cuántos compañeros había tenido, si practicaba sexo con hombres, si orales, si anales. Todo. Creo que pasaron dos meses cuando volví a los resultados. Estuve esperando mucho porque tenía que pasar con la psicóloga. Otras personas las atendían rápidamente y salían. Yo estuve no sé cuantas horas. Al entrar vi su cara muy seria y me preguntó cuál era el resultado que creía me daría. Como no me

hacía a la idea y aunque sospechaba, tenía la esperanza de no tener nada. Así, le contesté que creía que los resultados saldrían negativos. Me miró y me dijo que lamentaba decirme que no era así y que estaba infectado del virus del VIH. Me explicó que eso no significaba muerte inmediata, que podía durar algunos años y que era importante iniciar un tratamiento médico. En aquella época dormía en la misma cama con mi hermano menor, Luis, diez años menor que yo con 14 años. Lo quería muchísimo porque se parecía mucho a mí, me sentía su hermano mayor y su maestro. Cuando estaba sentado en aquella sala pequeñita cubierta por cristales para que no se oyera lo que se decía dentro, lo único que se me vino a la mente fue mi hermano, la posibilidad de infectarlo a través del contacto de nuestros cuerpos al dormir por la noche. Le pregunté: «¿Le pasará algo a mi hermano con quien duermo?» y se me hizo un nudo en la garganta. Mientras explicaba que para tres hermanos sólo había dos camas, las lágrimas corrían por mis mejillas y mi cara se descomponía. Ella me dijo que no, que no había ningún problema, que no compartiera navajas de afeitar. También le pregunté si podía seguir cantando y me dijo que podía hacer todo, que mi vida no se acababa, simplemente tenía que cuidarme. Le comenté que esto no me habría sucedido si mi madre no me hubiera maldecido. En el fondo creía que mi madre había tenido la culpa. Todavía lo sigo creyendo. Las prohibiciones de mi madre radicaban en que no saliera de casa porque creía que me iba a acostar con alguien. Como yo sabía que eso, la jodía, tenía sexo sólo con el afán de fastidiarla. Muchas veces me acosté con gente con el único gusto de llevarle la contraria a mi madre. Creo que me infecté por rebelarme a sus consejos, a sus temores. Ella decía que en la noche la gente hace cosas malas, que no estuviera fuera de casa en la noche. No podía ir a fiestas, ni a la discoteca porque creía ella que me iría a follar con alguien. Le explicaba que si quería hacerlo podía hacerlo igualmente de día, pero ella no lo comprendía. En el fondo no quería que la gente me hiciera daño, que probara la homosexualidad y me convirtiera en uno más. Pero me maldijo, como no me convenció, me lanzó la maldición de una madre que es la más fuerte de todas, según ella. Y me jodió la vida. La psicóloga me dijo que no había nada de maldiciones en esto, que me había tocado simplemente. Que no había castigos de

ningún tipo, que si fuera así, cómo se explicaría que niños recién nacidos estuvieran infectados.

Aunque la psicóloga trataba de tranquilizarme yo estaba en pleno shock. Me pasó con el médico para que hablara conmigo e iniciara el tratamiento. El doctor vio que llevaba una revista de arqueología y lo primero que hizo fue preguntarme si me gustaba la arqueología. Yo le dije que sí y empecé a llorar amargamente. Le dije que era injusto, que cómo me podía haber pasado eso a mí. Sólo por una relación sexual no protegida. Lloré mucho, no recuerdo qué me dijo ni qué dije yo. Sólo mi llanto desgarrador. Fue un alivio. Me mandó a hacer unas pruebas de laboratorio al Hospital de Cancerología. Cuando estuve ahí fue traumático vi gente sin pelo, sin pies, con los efectos de la quimioterapia. En el pasillo encontré a un chico de mi edad que había perdido su pierna por cáncer y me identifiqué con él. Hablamos un rato y me contó su historia y yo le conté la mía. Nos dimos ánimos, aunque él no los necesitaba pues estaba muy alegre. Decía que tenía el apoyo de su padre. Fue entonces cuando decidí hablar de mi enfermedad con mi familia. La relación en casa era muy mala. Tenía muchos problemas con mi madre porque no le obedecía a lo que me mandaba. Principalmente los quehaceres de la casa. Me daba la impresión que había tenido hijos para explotarlos, ponerlos a trabajar y ella sentarse a que la sirvieran. Como mi hermano menor escuchaba las discusiones se puso en contra mía. Mi madre le decía que yo era mal hijo y cosas así. Mi hermano, al que más quería, empezó a odiarme. Teníamos peleas frecuentes y sufría mucho por ello. Cuando llegué a casa le dije que quería hablar con él. Nos sentamos en la mesa de la cocina. Una mesa grande y fuerte. Se puso en la cabecera de la mesa y yo en la otra cabecera. Nos separaban tres metros. Empecé diciéndole que acababa de recibir la noticia de que tenía cáncer. No le dije sobre el sida porque el cáncer lo creía más inofensivo, con menos cargas morales sobre el modo de haber pillado la enfermedad. Si te da cáncer es obra del destino, si te da sida tú te lo buscaste. Así que le dije que creía que me quedaban pocos meses de vida y quería que el tiempo que me quedara no me la pasara peleando con él. Que fuéramos hermanos y nos apoyáramos. Mientras hablaba de estas palabras la cara de mi hermano se descomponía, puso su cara roja, roja y

creo que se asomaron unas lágrimas por sus ojos. Yo no podía hablar porque me contenía las lágrimas y sentía la emoción en la garganta. Recuerdo que al final me dijo que no me preocupara porque no íbamos a pelear nunca más. La promesa no la cumplió ni él ni yo. En ese momento no me importaba mi salud ni mi muerte próxima, sino tener a mi lado a mi hermano. Seguir compartiendo la cama sin tener que estar todo el tiempo enojados y con la sensación de que me aborrecía por no obedecer las órdenes maternas. Creía que podíamos volver a empezar, ser una buena familia y sobre todo, tener su apoyo, sus cuidados, su amor. Tampoco fue posible cumplir mi deseo.

No supe que pasó después, pero transcurrió un tiempo y mi madre vino a hablar conmigo, me dijo que había hablado con mi hermano y que le había contado todo. Empecé diciéndole lo mismo que a él, que tenía cáncer y eso. Al oírme hablar dedujo que tenía VIH y me dijo que si había sido por tener relaciones con otros hombres. En ese momento no pude guardar más mi secreto y le dije que sí. Que lo sabía desde muy niño y que todos los amigos que habían ido a verme habían sido parejas mías. Como siempre, empezó a sermonearme, a decirme que eso era un vicio como el alcoholismo, que si me lo proponía podía dejarlo. En vez de comprensión empezó a culparme por llevar una vida de pecado. Me preguntó que ahora qué iba a hacer, qué le iba a decir a la gente. Me di cuenta que le importaba más el qué dirán que yo, que mi sufrimiento, que mi condena, que mi muerte.

Recuerdo que mi madre me cargaba todas las culpas, me acusaba de mi mal comportamiento; me recriminaba que siempre fue una buena madre y yo le salía con esto. Le decía que mi orientación era una atribución más del ser humano como tener los ojos cafés o negros, te toca y ya está. Mi madre no paraba de censurarme y para justificarme le dije que mi homosexualidad se debía a los años de violaciones realizados por su propia y buena familia. Continué preguntándole dónde había estado ella mientras a mí me abusaban, dónde estaba mi padre. Cómo lo pudo permitir. Rematé diciéndole que nunca había sido una buena madre y que su familia que tanto le preocupaba era la culpable de todo. La culpé de mi enfermedad. Rompí el silencio, le conté que los hijos de sus hermanos, mis primos

habían abusado de mí durante muchos años en la casa de su pueblo. Le conté quiénes me habían hecho tanto daño y quiénes eran los culpables de mi homosexualidad. Me preguntó que por qué nunca le había dicho nada. Le dije que sentía vergüenza, tenía miedo, que no me iba a creer o que me habían exigido que guardara el secreto. Le dije que yo no tenía culpa de nada, que si había alguna culpable era ella por no cuidarme de su familia. Fue entonces cuando mi madre cambió su actitud, empezó a llorar, a decir que siempre estuvo pendiente de mí, que no era su culpa. En el fondo quería vengarme, no cargar todas las culpas. Tenía que ser víctima de los abusos sexuales de mis primos. No podía ser yo el único culpable.

Los días posteriores fueron un infierno, parecía que estábamos de luto. Todavía no me había muerto y ya había difunto. Lo primero que hizo mi madre fue quitar a mi hermano menor de la cama en que dormíamos con la intención de protegerlo de un contagio. Lo pasó al sofá y yo me quedé solo. Toda mi vida había dormido acompañado. Cuando era pequeño dormía abrazado a mi madre y luego con mi hermano. No sólo me habían quitado la salud, sino también a mi compañía de cama. Las noches eran de llanto continuo. No sé por qué durante las noches siempre he llorado tanto. Primero con la separación ahora por mi desgracia. Por la mañana iba a trabajar dando clases y por la noche lloraba.

Al día siguiente me llamó un amigo, Federico para vernos. Fui a comer a su casa y cuando estuve un rato le dije que tenía que marcharme porque debía ir al doctor. Me preguntó que me pasaba y le conté lo de la infección. No sólo me acompañó a la consulta sino que me dijo que conocía a un grupo de personas seropositivas que se reunían el viernes. Mi amigo compartía piso con otro chico gay que me estimaba mucho y ambos me acompañaron al hospital. Uno sabía a lo que iba y el otro no. Federico me dijo que mi otro amigo me quería mucho y que merecía saber qué tenía. Volví a contar de mi infección. Algo que me daba rabia era lo injusta que había sido la vida conmigo, ya que por lo que me contaban mis amigos, ellos tenían muchas más relaciones sexuales que yo, follaban con todo cristo. ¿Y por qué a ellos no les pasaba nada y a mí sí? Unos días después fuimos al grupo de autoapoyo. Quedamos de vernos con un amigo suyo seropositivo en el metro para llegar juntos. Se llamaba Anto-

nio, ahora está muerto, murió de sida algunos años después. Llevaba una mochila negra en la espalda, me sorprendía que fuera tan masculino con un negro bigote y fuera muy fuerte. Me preguntaba a mí mismo cómo era posible que no se le notara.

Estuvimos en el grupo de autoapoyo y todo mundo se abrazaba, se besaban cariñosamente y se daban apoyo. Ahí conocí a Mamá Silvia y a Roberto, los que llevaban el grupo. Creo que hablé muy poco, diría cualquier cosa, no sé. No toda la gente que iba era seropositiva, el líder del grupo sí lo era y otra gente; pero iban algunas mujeres y muchos gays no seropositivos. No importaba quién era y quién no. La gente hablaba de sus problemas como homosexual o como seropositivo. Cuando habló Mamá Silvia dijo cosas muy raras llenas de espiritualidad. En ese entonces, había perdido la fe en todo y ella decía que disfrutaba de las piedras en el camino, del aire y de todo. Al principio me cayó mal la tal Silvia. Roberto se me había hecho muy empalagoso y la gente como mal de la cabeza. No comprendía nada, creía que todos estaban locos. Decían lo maravilloso que era ser como eran y tener lo que tenían. El colmo llegó cuando al final, Lucas llevó una tarta para festejar su primer año de seropositivo. ¡Festejar! Sí, que estaban locos, ¿cómo podían festejar la peor desgracia de la vida? ¡Si se iban a morir! El chico ese dijo que en este año había aprendido muchas cosas, se había dado una oportunidad y que era un regalo de la vida compartir con nosotros un año más con la salud que tenía. Al final nos dimos abrazos, yo recibí todos los que no me habían dado en mi vida y me sentí en paz. Mamá Silvia dice que cuando me abrazó sintió una barrera y un distanciamiento muy grande. Quizá era la coraza del sufrimiento que llevaba encima. A partir de ese momento no dejé de ir a esas reuniones. Creo que los años que estuve en ese grupo fueron mi salvación. Aprendí a quererme, a valorarme, a aceptar mi enfermedad.

Una vez hablé con el virus que llevaba en la sangre. Le dije que lo amaba totalmente y que haría un pacto. Que yo lo dejaría vivir en mi cuerpo mientras él me dejara vivir a mí. Me reconcilé con el virus. Algunas veces creo que mi vida anterior había sido una película en blanco y negro. A partir del momento en que conocí a otras personas como yo que gozaban de vida, la película de mi existencia se había hecho a colores y con

sonido technicolor. Con el grupo fui a casas de reposo, escuché charlas de médicos activistas que nos decían que todavía había esperanza. Mucha esperanza. Ahí conocí a los mejores amigos de mi vida. Sin embargo, en el amor creía que nadie se iba a fijar en mí, que nadie me iba a aceptar con lo que tenía encima. Yo mismo había puesto en mi pecho un letrero que decía como un poema de Rosario Castellanos «Cerrado por demolición». Sin embargo, el amor volvió a venir. Cuando me dieron la noticia de mi infección, estaba al final de una relación con Fernando, un chico que vivimos nueve meses de mucha pasión. Al principio teníamos sexo protegido pero después no. Cuando me enteré, lo primero que hice fue buscar su apoyo y pedirle que se hiciera la prueba. No quiso saber más de mí, ni tampoco hacerse la prueba. Él dice que fui yo el que le pedí que no me buscara más. Tal vez fue verdad, no lo recuerdo, estuve tan mal que no recuerdo nada de esa época. Unos meses después iba a las tardeadas de una discoteca y ahí conocí a Nazario, un chico con el que estuve casi dos años. Desde el principio supo todo de mí y estuve a punto de dejarlo por miedo, siempre nos cuidamos pero las cosas no funcionaron. Creo que siempre me reprochó el no haber sido virgen como él conmigo. También nos hicimos mucho daño. La última vez que nos vimos, cuando regresé al país de vacaciones, no nos hablamos. Me da la sensación que todavía le duele la ruptura. Sobre todo porque me fui para venirme a España.

Decidí dejar mi país porque creía que aquí iba a encontrar el amor. Quería hacer un posgrado y empecé a hacer los trámites para irme a Estados Unidos. Decidí no ir a ese lugar cuando vi el rechazo hacia los hispanoamericanos, por tanto, cambié de planes. En ese entonces estaba en una asociación de recuperación emocional con sedes en casi todo el mundo. Había sede también en España. Escribí a la líder y le dije que vendría en verano o así. En mi país tenía un trabajo fijo de profesor, pero quería progresar. Creía que iba a ganar más dinero en España que ahí, así que empecé por pedir una excedencia en mi trabajo. Como no me la dieron fácilmente opté por renunciar al trabajo y cuando volviera volver a solicitar plaza. En el fondo creía que nunca regresaría a ese trabajo.

Cuando terminé la relación destructiva con ese hombre, me sentí liberado. Era posesivo, celoso y machista. Intenté muchas veces terminar con él y siempre me hacía chantajes sentimentales y promesas que cambiaría. Cuando me rompió las fotos de mi primer novio decidí dejarlo definitivamente. Para entonces compartía piso con otros tres gays en el centro de la ciudad. Mi novio iba a verme todos los días, dormía conmigo, comía de lo mío pero no aportaba ningún dinero. Cuando salíamos pagaba siempre yo y eso me cansó. Algunas veces me enrollaba con otro chico para fastidiarlo pero siempre volvía con él. Cuando nos dejamos me amenazó que nunca me dejaría ser feliz con otra persona, que no iba a ser de nadie más. El último día, mis compañeros de piso y yo íbamos a ir la tardeada de la discoteca. El tío este no estaba de acuerdo que me llevara puesta una camiseta ajustada, decía que iba a provocar a los hombres. Insistí en que me iba a poner lo que yo quisiera y me mandó a la mierda. Los demás se fueron y esperé a que saliera de la ducha. Me gritó que no saldría vestido así a la calle y me tiró a la cama con un empujón que me derribó completamente. Nunca había vivido un episodio de violencia con nadie, ni había visto a mi padre pegar a mi madre, ni ningún caso parecido. Este hombre, que tenía tres años menos que yo, creía que yo era de su propiedad y me secuestró en mi propia casa. No pude salir de mi habitación por seis horas. Al verlo tan irritado empecé a llorar, a patalear y él no cedía en permitirme salir. Fue terrible. La luz se fue de la casa y nos quedamos a oscuras. No sé por qué cuando dejé de llorar lo atraje hacia mí y lo besé. Fue el síndrome de Estocolmo, cuando te enamoras de tu secuestrador. Después de besarnos me folló sin condón de una manera extraña, posesiva, destructiva, con culpa, con vergüenza. No sé. Al igual que con mis primos fui yo el que le pidió sexo. Finalmente llegaron mis compañeros de piso y conté todo. El secuestro y el golpe que me había dado.

No volvió a acostarse conmigo, esa noche se durmió con mi compañero de piso. Pasaron dos días y fue a verme, yo había conocido a un chico jovencito del que me había ilusionado y le dije que ya tenía a otra persona. Ese mismo fin de semana llevó a mi propio piso a un chico más joven que yo para presentar a su nueva pareja. Recalcaba que era joven y sano. Propuso festejar que cumplirían una semana de estar juntos en mi

propia casa y decidí marcharme. Mis compañeros de piso lo vieron muy mal, el tío ese ni me saludó e impidió que su nuevo novio me saludara. Al día siguiente contraté una mudanza y me fui de ese piso. Ese hombre iba a hacerme la vida de cuadritos. Juró nunca dejarme ser feliz. Por tanto, regresé a casa de mis padres, sólo para arreglar el viaje a España. Sabía que si no me marchaba ese tío no me iba a dejar en paz nunca. El viaje fue muy rápido. Aproveché que me llegó una carta de la universidad española para hacer el posgrado y me vine.

Al principio tenía miedo de no tener tratamiento médico de la Seguridad Social como lo tenía en mi país. Pero escribí a una asociación que me informó que en España había cobertura gratuita a los infectados de VIH. Eso me animó mucho. Igualmente, hice una amistad por Internet que creía iba a ser una pareja maravillosa. Cuando nos conocimos no me gustó y ya está. La persona de la asociación resultó ser muy diferente de lo que yo creía. En mi país si alguien viene de fuera le ofreces tu casa, sin embargo, en España no es así. La primera noche me permitió dormir en su casa y después me mandó a una pensión. Luego estuve en un sitio donde van personas sin hogar. Como yo dije que no era drogadicto ni alcohólico me pusieron aparte. Aunque fue muy duro al principio, tenía muchas ilusiones. Después fui a un albergue de inmigrantes llevado por unos dominicos. Los curas esos eran unos cabrones, tenían unas órdenes muy estrictas de hora de entrada y tuve problemas con ellos. Al final, salí echando leches y gritándoles el precio por sus abusos. A la gente que no obedecía la machacaban. Parecían dictadores franquistas, finalmente me fui a media noche, me fui a dormir a la casa de la amiga de la asociación y al día siguiente encontré piso.

Como extranjero la vida ha sido muy difícil, he pasado de todo. He trabajado en sitios y no me han pagado, me han explotado, bueno de todo. Creo que mi carácter se ha vuelto muy agrio a raíz de eso. Ya no soy lo bueno que era antes. Soy desconfiado de la gente que me rodea. Como extranjero te ven menos, tratan de poner sus condiciones. En los pisos de alquiler donde he vivido los dueños han querido tener conmigo una posición de superioridad. Cuando me tocan las narices salto y ataco, sólo así

me he dado a respetar. Que no crean que no todos los hispanoamericanos somos dóciles y obedientes. Mucho menos yo que en mi país tenía una buena posición.

En el terreno afectivo he tenido cuatro relaciones de pareja, algunas buenas, algunas malas. Casi siempre terminan mal porque la gente muestra lo que es. La mayoría de las veces sólo quieren sexo y ya está. Eso me aburre y me harta. Ahora estoy solo y no quiero tener a nadie. Si llego a tener una pareja, quiero que cada cual viva en su casa porque compartir es muy complicado. El día a día mata el amor. El VIH lo tengo controlado perfectamente. Me han cambiado tantas medicaciones que ahora estoy en un buen momento. He empezado a hacer ejercicio por recomendación médica y me siento mejor. A veces me olvido que tengo el virus. Ahora mismo no voy a ningún grupo de apoyo. Llegué a ir a uno un tiempo pero me cansó la manera en que el coordinador lo lleva, sin ningún orden y a base de amiguismo. Prefiero estar solo, charlar de mis problemas con amigos y no escuchar quejas de gente por el sida. Ahora me siento bien. Estoy pensando regresar a mi país aunque tengo algunos miedos. No sé si la situación económica y social sea apta para mí. A veces pienso que para qué me voy pero luego creo que mi lugar es ése y no éste. Confío en que la vida me traerá algo mejor y que llegue el día en que se encuentre una vacuna. Me conformo en vivir mi vida como hasta hoy sin achaques ni dolores. Con salud y energía.

4. A manera de conclusión

Los condicionamientos sociales hacen más vulnerable a la infección por VIH a las personas homosexuales. Como se ha visto, un elemento común en la mayoría de éstas es el continuo temor a ser insultados por miembros de su comunidad. Palabras como «maricón» y «bollera» son recibidas desde muy pequeños con la intención de reducirlos a un atributo, inferiorizando su capacidad humana y atacando lo más íntimo de su dignidad. Este continuo proceso de reducción a través de la injuria genera en algunos casos la configuración de personas muy machacadas por el medio ambiente que se ven a sí mismos como sujetos desvalorizados. No obstante, la formación de redes sociales contribuye a crear espacios de co-

operación y fraternidad que beneficia a este sector que vive una triple discriminación: el ser extranjero, homosexual y seropositivo.

Al analizar esta historia de vida, podemos valorar el repertorio de recursos personales y el desarrollo de diferentes estrategias de adaptación. Y es aquí, en el primer paso a considerar donde se detecta la primera ruptura de estereotipos y modelos propios de colectivos precedentes. En efecto, el amplio poder de los medios de comunicación suele vincular a las personas de la diversidad sexual con figuras de los extractos sociales más deficitarios. Aunque no es regla, la marginalidad, la depresión, la soledad y el vacío de oportunidades de vida, son características que desgraciadamente definen la situación de las personas con VIH.

La división impuesta del «nosotros» y «los otros» constituye un mecanismo de control del aparato de poder. Las personas homosexuales, seropositivas y extranjeras sufren una triple discriminación por cada uno de sus atributos. La frontera de la seropositividad constituye la necesidad de construir un secreto más resistente que la misma condición homosexual. ●

Recepción: 2 de junio de 2005

Aceptación: 1 de noviembre de 2005

Ma. Luisa Quintero Soto

quinluisa@yahoo.com.mx

Mexicana. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Iberoamericana. Profesora investigadora en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Unidad Aragón de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Carlos Fonseca Hernández

charlyfonseca@yahoo.com

Mexicano. Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor investigador en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Unidad Aragón de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Nota

*Pujadas Muñoz, José Luis. (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Centro de Investigaciones Sociológicas: Madrid.

Bibliografía

- Callejo, Javier (2001). *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*. Barcelona: Ariel.
- Casetti, F.; Di Chio, F. (1991). El análisis de la comunicación, en: *Cómo analizar un film*. Barcelona: Paidós.
- Durkheim, Emile (1976). *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, La Pléyade.
- Enguix-Grau, Begoña (1996). *Poder y deseo. La homosexualidad masculina en Valencia*. Valencia: Ediciones Alfons el Magnanim.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas (2003). *Prevención de la infección con el VIH, promoción de la salud reproductiva. Respuesta del UNFPA 2003*. México: UNFPA.
- Guasc, Óscar (1997). *Observación Participante*. Madrid: Cuadernos metodológicos, núm. 20. CIS Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Halkitis, Perry N. (2000). «Masculinity in the Age of Aids», en: NARDI, Peter (ed.): *Gay Masculinities*. Thousand Oaks, Cal.-London-New Delhi: Sage Publications, Inc.
- Ibáñez, Jesús (1991). «El grupo de discusión: Fundamento metodológico y legitimación epistemológica», en: LATIESA, Margarita (ed.). *El pluralismo metodológico en la investigación social: ensayos típicos*. Granada: Universidad de Granada.

- Instituto Mexicano de la Juventud (2000). *Encuesta Nacional de Jóvenes 2000*. México: Secretaría de Educación Pública, SEP.
- Llamas, Ricardo (1994). «La reconstrucción del cuerpo homosexual en tiempos del sida», en: BAÑUELOS MADERA, Carmen (ed.) Monográfico sobre: *Perspectivas en Sociología del Cuerpo*. Revista Española de Investigaciones Sociológicas. Reis. N° 68. Octubre- diciembre Madrid.1994
- Matza, David (1981). *El proceso de desviación*, Madrid: Taurus.
- Medina, Antonio (2003). «Abstinencia sexual, al margen de la realidad», en: LETRA S, 8 de mayo de 2003. México: La Jornada.
- Merton, Robert K. (1965). Teoría y estructuras sociales, cap. VI *Estructura social y anomia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ministerio de Sanidad y Consumo (2001). *Prevención del VIH/ sida en inmigrantes y minorías étnicas*. Madrid: Dirección General de Salud Pública y Consumo & Plan Nacional sobre el sida.
- ONUSIDA (2002). Estigma y discriminación relacionados con el VIH/sida. Marco conceptual y base para la acción. Ginebra: Onusida, UNICEF, UNESCO, OMS y Banco Mundial.
- Pérez S, Gloria (1998). *Investigación cualitativa. Retos e interrogantes, I. Métodos*. Madrid: La Muralla.
- (1998b). *La investigación cualitativa. Retos e interrogantes, II. Técnicas y análisis de datos*. Madrid: La Muralla.
- Plummer, Ken (1991). *La diversidad sexual: Una perspectiva sociológica*. En NIE-TO, José Antonio. (comp.): *La sexualidad en la sociedad contemporánea*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia- Fundación Universidad Empresa.
- Pujadas M, José Luis (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Sontang, Susan (1996). *El sida y sus metáforas (Aids and its metaphors 1988)*. Madrid: Taurus.

